

Los tres mundos

Sergio Campos Martínez

LOS TRES MUNDOS

...para vivir, hay que morir...

SERGIO CAMPOS



Capítulo 1

Padre, he de contarle algo, y espero que cuando escuche mi confesión comprenda por qué estoy aquí.

Se dice que escaparon tres criminales, los tres hermanos de los Mendoza, que se dirigieron hacia el río. Su intención era navegarlo hasta su desembocadura y una vez allí, cada uno seguiría su camino, pero se encontraron con una visita que no esperaban; junto al río se hallaba una silueta negra que los observaba desde la otra orilla, y cuando los tres fijaron su vista en ella, avanzó hacia ellos lenta y decidida, como si pudiera alcanzarlos desde la otra orilla. Los tres hermanos se quedaron sorprendidos cuando se dieron cuenta de que los alcanzarían, pues la silueta estaba caminando sobre el agua, avanzando hacia ellos cada vez con más presteza.

Los tres no pudieron hacer otra cosa que mirar lo que sucedía ante sus ojos y no hicieron movimiento alguno hasta que la silueta llegó a la orilla en la que se encontraban. Entonces sí, retrocedieron unos pasos mientras veían a la silueta erguirse completamente y formar una macabra forma alargada. Los tres supieron al instante quién se había presentado ante ellos, era La Muerte. Era inconfundible su aspecto cadavérico, de mirada profunda, chupadas mejillas, finos y apretados labios y un cuello largo y esquelético que acababa en el principio de una túnica raída negra que llegaba hasta el suelo.

Estando los tres estupefactos, La Muerte miró al mayor de los hermanos y dijo:

–¿Crees en la muerte?

Con una mirada incrédula y fija sobre la demoníaca figura, el hermano mayor no pudo responder a la pregunta, pues estaba pálido y temblando y no podía articular palabra, a lo que La Muerte completó dando un paso hacia él y diciendo:

–Me lo tomaré como un no. Y la gente que no cree, debe conocer.

Apenas dijo esto, apareció de sus vestimentas una mano blanca con la que lo cogió de la cabeza. Lo agarraba de la cabeza mientras el cuerpo temblaba y se estremecía de dolor, hasta que, pasados unos segundos, La Muerte soltó la cabeza y el cuerpo cayó al suelo inmóvil y sin vida.

Avanzó entonces hacia el segundo hermano formulando de nuevo la misma pregunta:

–¿Crees en la muerte?

El hermano estaba petrificado por el terror, pero le bastó un segundo para darse cuenta de lo que hizo con su hermano e imaginarse que haría lo mismo con él si no respondía, así que no cometió el mismo error y recordando las palabras de La Muerte, la miró directamente a los ojos y respondió:

–Sí, creo en la muerte porque la he conocido. Acabo de ver a mi hermano morir, he visto cómo te lo llevabas con tus artes... –hizo una pausa y con un tono amenazante continuó–. Tú y yo no somos tan distintos. Sé lo que es la muerte porque yo también he quitado vidas, nada más y nada menos que la de mi padre y la de mi hija, ¡yo! –exclamó–. ¡Yo mejor que nadie sé lo que es la muerte! ¡Yo mejor que nadie sé lo que es tener cuerpos temblorosos y agonizantes entre mis manos, y apretar sus cuellos y golpear sus cabezas hasta hacerlos morir! Tú y yo no somos tan distintos, cada uno utiliza sus propias artes, tú y yo somos iguales, ¿no irás a matar a tu semejante?

–¿Mi semejante? –intervino La Muerte–. ¿Cómo te atreves a contarte entre mis hermanas? Tu insolencia te ciega, y por los tres mundos que jamás llegarás a estar a su altura por muchas vidas que quites. Además, es vergonzoso lo que has hecho, muy vergonzoso, pues has matado a tus semejantes. Ni yo ni mis hermanas somos capaces de hacernos algo así, pero vosotros los mortales os sobreponéis a las normas de los tres mundos, autocoronándoos como reyes capaces de hacer cualquier cosa, y sois capaces de hacer cualquier cosa.

Entonces La Muerte, avanzando hacia el hermano, dijo:

–Tú crees conocer, pero no conoces. Para conocer hay que vivir.

Y La Muerte alzó nuevamente de sus negras colgaduras una mano blanca y, agarrando la cabeza del hermano, lo hizo azogarse durante un momento hasta dejarlo caer al suelo. Inmóvil, sin vida. No bien dejó el cuerpo, La Muerte se dirigió hacia el hermano pequeño y le hizo la misma pregunta que a los anteriores:

–¿Crees en la muerte?

El tercer hermano, después de presenciar los presentes hechos, agachó una confusa mirada y dijo:

–Creo en la vida durante la muerte.

La Muerte, muy sorprendida por su respuesta, permaneció en silencio y con una leve inclinación de la cabeza, dejó entrever que quería conocer el significado de esas palabras. El hermano entendió el gesto y pasados

unos segundos continuó:

–Creo en la vida durante la muerte. Cada uno de nosotros tenemos una vida y la empleamos para el bien, para el mal o para ninguna de las dos; y cuando nos llega nuestro momento, cuando nos toca morir, sabemos que ha llegado, sabemos que estamos muriendo y que estamos muertos, y de alguna manera, vivimos durante nuestra muerte. Pero eso no lo viviré hasta que no muera.

Dicho esto, el hermano alzó la cabeza hasta intercambiar una mirada con La Muerte, preparándose para morir.

–Qué notable –respondió–. Hacía cientos de años que no escuchaba esa respuesta. A lo que tú te refieres es un tránsito que solo algunos merecen vivir, pero este paso es complicado y poca gente del primer mundo, el mundo de los vivos, lo comprende. Sé que has “empleado tu vida para el bien”, no como estos pobres diablos –dijo refiriéndose a los hermanos muertos– y es por eso por lo que mereces vivir el tránsito. Te voy a mandar al segundo mundo, el mundo de los no muertos, para que compruebes por ti mismo la veracidad de tu creencia. Pero recuerda que solo es un trámite para llegar al tercero, un camino algo más largo, para llegar al mundo de los muertos.

La muerte calló y, levantando la mano, avanzó hacia el hermano diciendo:

–Vas a morir, para poder vivir –Y con los huesos de sus dedos simplemente tocó la frente del hermano.

El menor de los hermanos despertó medio aturdido. Estaba en el mismo lugar, junto al río. Bajo sus pies se encontraba su cadáver junto al de sus hermanos. Estaba casi amaneciendo, así que se alejó del lugar lo más rápido posible.

Caminando llegó a un pueblo donde por encima de los tejados se apreciaba la torre de la iglesia. Se adentró por sus calles y callejuelas hasta encontrarse ante ella.

El hermano entró en esa iglesia. Es el menor de los tres hermanos el que está hablando con usted, padre. Yo soy el tercer hermano y vengo en busca de la redención de mis pecados. Por Dios le pido, por favor, ahora que estoy muerto redima mi alma, sepa que me arrepiento profundamente de lo malo y me enorgullezco de lo bueno. Redima mi alma, reverendo padre.

El hermano menor se levantó al oír al reverendo salir del confesonario a toda prisa en busca de las autoridades. La gente que se congregaba en el templo no daba crédito a lo que ocurría, pues no vieron a nadie más

que al cura salir corriendo y no podían entender el porqué de su alboroto. Tras la huida del cura, el hermano menor caminaba lentamente hacia la salida, cuando se dio cuenta de que los feligreses que entraban en el templo pasaban a través de él, atravesando su existencia. Todos excepto una pequeña niña, que lo seguía con la mirada y sonreía.

Muy apesadumbrado, observó que, de la puerta principal del templo brotaba una luz blanca, intensa, brillante, la cual recortaba y resaltaba una imponente silueta negra. La Muerte lo esperaba. Siguió avanzando hacia ella y, cuando se acercó, la silueta le dijo con voz grave y severa:

"Para creer hay que conocer, para conocer hay que vivir y para vivir hay que morir"